

# JAVIER

*Lugares de trabajo de oficina*

# CENICACELAYA

En los países más desarrollados la actividad de las fábricas tal y como se ha conocido hasta hace dos décadas ha ido desapareciendo. Se ha desplazado a los países en vías de desarrollo e incluso al tercer mundo. Las fábricas han cedido paso a los lugares de oficinas. De tal modo que si la arquitectura diseñó los espacios destinados a las fábricas como lugares de una importante actividad humana, hoy los espacios más preponderantes son los de las oficinas.

Fue con el auge de la industrialización desde mediados del siglo XIX, cuando aparecieron nuevas áreas de actividad poco desarrolladas hasta entonces. Las fábricas y grandes complejos industriales comenzaron a crear los nuevos paisajes de las periferias urbanas, donde disponían de suficiente espacio para asentarse.

Si el trabajo a pie de máquina del proletariado emergente experimenta un notable incremento a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, sucede otro tanto con las actividades burocráticas relacionadas con el auge industrial. La localización, e incluso los espacios destinados a los obreros y a los oficinistas se van distanciando y diferenciando gradualmente. La periferia para las fábricas, y el centro de las ciudades para los oficinistas.

La ocupación intensiva de la ciudad histórica por parte de oficinas, bancos, profesiones liberales, etc., irá desplazando la residencia del centro a los suburbios.

Este fenómeno característico de esos años, es particularmente visible en determinados casos, como por ejemplo en la ciudad de Chicago.

Es aquí, donde tras haberse incendiado gran parte del centro urbano, los nuevos edificios que ocupan los antiguos solares incrementan su altura hasta cotas desconocidas hasta entonces.

Chicago asiste, en los años 80 de ese siglo, antes que ninguna otra ciudad en el mundo al nacimiento del edificio alto de oficinas, o lo que años más tarde vendrá en denominarse el rascacielos.

Desde la distancia de más de un siglo, este tipo de edificio, el rascacielos, la más genuina de las creaciones norteamericanas, puede parecernos normal el desempeño de la actividad administrativa, de oficinas, en unos espacios, en pisos, donde, en principio, las jerarquías posicionales de las oficinas parecen liquidadas con la existencia del ascensor.

Sin embargo la creación de estos espacios, la génesis de los edificios altos, su formalización, y expresión arquitectónicas no estuvieron exentas de grandes polémicas e incluso de una abierta oposición.

Polémicas no circunscritas a los problemas técnicos para poner en pie esas gigantescas moles de hasta dieciseis pisos de altura, sino a la manera de enfocar la solución a la creación de los espacios de trabajo.

Todo ello constituye la gran aventura arquitectónica conocida como la Escuela de Chicago.

No se trata de ninguna escuela programática; el nombre designa los edificios producidos en las tres últimas décadas del XIX en la ciudad norteamericana. Es más, los arquitectos se sumaron al desarrollo de los acontecimientos, una vez que estos fueron desencadenados por los promotores con la ayuda de los ingenieros.

El nacimiento del edificio alto de oficinas constituye por tanto el origen de la historia del rascacielos. Los perfiles de muchas ciudades, su "skyline" cambiará, hasta generar toda una imaginería propia de los centros de las ciudades norteamericanas, en los que la residencia quedará excluida por una normativa de estricta separación de funciones o usos.

Con el descubrimiento del ascensor, y el uso de la estructura de pórticos metálicos, parecía posible colocar grandes estancias una encima de otra evitando el uso de las escaleras; y al mismo tiempo la pared de la fachada del edificio, al no ser ya portante, sino mero cerramiento, podría sustituirse por cristal, por grandes ventanales.

Las grandes estancias, subdivisibles, se "apilaban" una encima de la otra, "hasta que tenían bastante", como decía Frank Lloyd Wright.

Wright fue testigo directo del nacimiento del edificio alto de oficinas, y muy crítico con el mismo.

Su crítica se centraba en varios aspectos. Para él, la estructura de pórticos metálicos, "liberadora" del muro portante, constituía una parte escindida del espacio; o dicho de otro modo, el espacio resultante, no era sino el resto o los residuos de los huecos que esa estructura dejaba. Para Wright, la estructura aparecía sin ningún afán de configurar el espacio. Y ciertamente era así.

Los promotores de Chicago veían en el edificio alto de oficinas la oportunidad de alojar un mayor número de despachos, y atender así a la presión de la demanda sobre el centro de la ciudad de Chicago.

Para Wright el nuevo "skyline" de la ciudad había cedido el protagonismo de los edificios cívicos, como las iglesias, ayuntamientos, etc., a los nuevos edificios que representaban la especulación y la codicia.

Wright además argumentaba que los arquitectos eran incapaces de responder formalmente al nuevo tipo de edificio, de dotarle de una expresión arquitectónica acorde con su voluntad de crear pisos de oficinas de idéntico valor toda vez que el ascensor los equiparaba eliminando cualquier jerarquización.

La superposición de composiciones de adscripción historicista, una encima de la otra, "hasta que tenían bastante", parecía incoherente con aquella voluntad de indiferencia funcional entre las plantas.

Quizás por ello, Wright, sólo reconocerá a Louis Sullivan, con quien había trabajado, la paternidad del rascacielos. Porque Sullivan reclamaba una respuesta antropomórfica del edificio alto de oficinas, "artísticamente considerado", dirá.

Un antropomorfismo: pie, tronco y cabeza, que se traduciría en la planta baja y entreplanta para el vestíbulo o lobby, como los pies del edificio, el ascenso indiscriminado en cuanto a tratamiento formal de todas las

plantas de oficinas, como el tronco, y el último piso (una tapa para Sullivan) para alojar los mecanismos de los ascensores y otras instalaciones, como la cabeza.

Pies, tronco y cabeza, que edificios como el Wainwright y el Guarantee de Sullivan expresan con enorme claridad.

Pies, tronco y cabeza, en un antropomorfismo que llevaría a Sullivan a ejemplificarlo en la columna clásica, llegando a afirmar que un edificio alto de oficinas, podría ser expresado en forma de gran columna construída. Y así sucederá cuando en los años 20 el arquitecto austriaco Adolf Loos proponga como edificio para alojar el periódico Chicago Tribune una gigantesca columna dórica sobre un pedestal.

Para un emersoniano como Frank Lloyd Wright, el lucro y la codicia ajenos a cualquier interés por mejorar la sociedad, y ajenos asimismo a la búsqueda y esfuerzos del individuo por contribuir a esa mejora, la denominada Escuela de Chicago, le parecía una aberración. Al menos en los años en los que permaneció en esa ciudad.

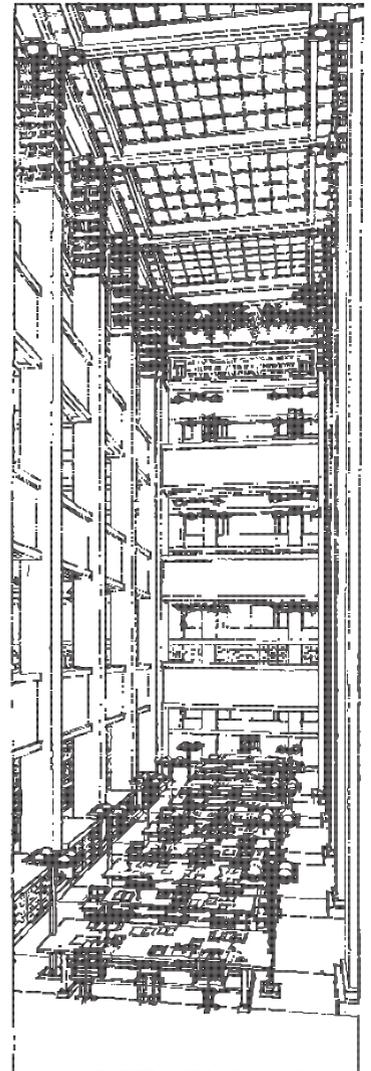
Como emersoniano, influído además por las ideas de Jefferson, interesado en el movimiento Arts and Crafts (opuesto a la industrialización), Wright asignaba un sentido sagrado al trabajo. El trabajo como compromiso.

Un sentido de disciplina, de rigor, casi religioso.

Por unas y otras razones, cuando Wright ha de enfrentarse con el encargo de configurar un recinto de trabajo, de oficinas, lanzará una proposición absolutamente alejada de la planteada por el edificio alto. Su recinto de oficinas, es planteado en un gran espacio o atrio, con galerías. El Edificio Larkin (1903), se aproxima así a la Unity Church (1906), la iglesia de Oak Park, configurada como un recinto eclesíastico de asamblea no-conformista, o anglicano, próximo a las iglesias londinenses acordes con la liturgia del Cardenal Laud, a comienzos del Setecientos en Londres (las iglesias de Nicholas Hawksmoor, serían un buen precedente).

El atrio, rodeado de grandes pies que ascienden hasta los lucernarios, es el centro de gravedad de todo el edificio, que es tratado como si en su interior se desempeñara una función que nada tiene ver con los pisos de oficinas, que de hecho existen, pero ubicados en galerías.

Un atrio con luz alta, es decir sin una referencia directa desde el mismo al exterior, generando el efecto de cierta abstracción propio de la inclusión de esa luz alta.



EDIFICIO LARKIN  
Frank Lloyd Wright. (1903).  
De Frank Lloyd Wright, Ausgeführte  
Bauten und Entwürfe, E. Wasmuth,  
Berlin 1910.

Si la Escuela de Chicago marca el nacimiento de la gran aventura arquitectónica del rascacielos, y de una manera de entender el espacio dedicado al trabajo de oficina, la propuesta de Frank Lloyd Wright quedará como ejemplo, que de hecho volverá a aparecer, mixtificada, y sin el énfasis "religioso" del arquitecto de Wisconsin, en los años sesenta en los edificios denominados atrio.

El gran espacio o ámbito de trabajo cubierto con una luz cenital reaparece en Wright cuando en 1936-39, construya la gran sala de oficinas para la Johnson Wax, en Racine, Wisconsin.

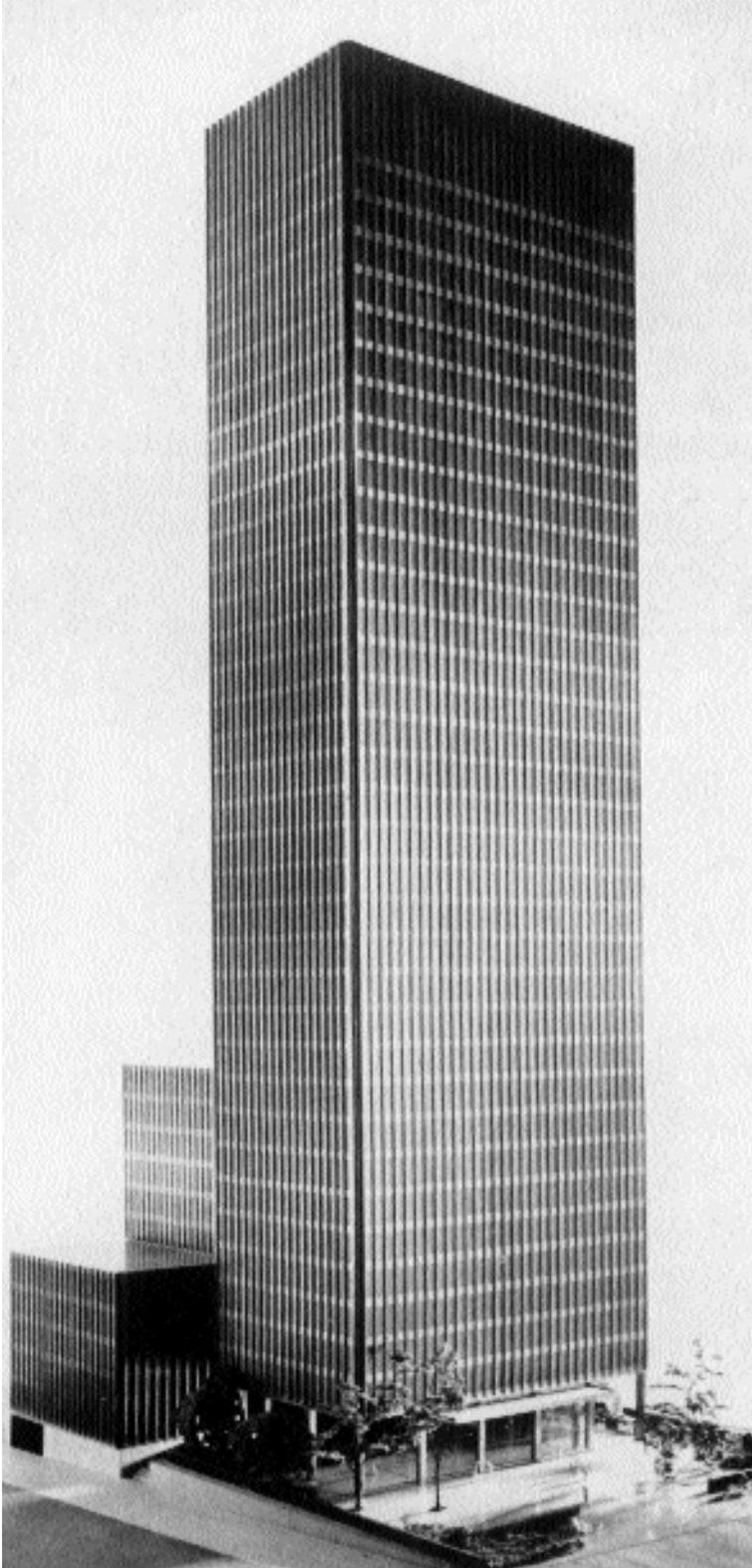
Algunos han calificado este espacio como un espacio subacuático, por el efecto de la luz filtrada a través de las superficies acristaladas que quedan entre las cabezas de las columnas en forma de setas. El gran ámbito carece de referencias con el exterior, que sólo manifiesta su presencia de modo evidente por la inclusión de esos acristalamientos "residuales", entre las cabezas de las columnas.

La fórmula de la Escuela de Chicago resultará en cierto modo imbatible como respuesta de alto rendimiento, cuando el suelo disponible es escaso y es preciso acomodar un gran número de metros cuadrados para el trabajo de oficinas. Por esta razón, aceptado el edificio alto, o el rascacielos, la batalla se centrará en buscar la expresión arquitectónica más adecuada para el mismo.

El interés por el antropomorfismo, como expresión más coherente al programa desarrollado en el interior de esos edificios, cederá paso a otras muchas cuestiones.

¿Si el muro de fachada ya no es portante, como debe ser planteado?. S.O.M. propondrán en la Lever House de Nueva York (1950-52) el muro cortina, separado del edificio, como una mera envolvente y Mies van der Rohe, entre otros, hará lo mismo en el Edificio Seagram (1956-58), también en Nueva York, sin renunciar a marcar la verticalidad, con la inclusión de sus perfiles en H "ornamentales" que ascienden hasta la misma coronación del edificio. La verticalidad será asimismo enfatizada con radicalidad desde el suelo hasta el cielo, por Eero Saarinen en el Edificio C.B.S. (1965), asimismo en Nueva York. Allí Saarinen no diferencia la expresión de los pies (lobby) o de la cabeza (coronación) en su énfasis por la verticalidad.

La verticalidad parece por tanto algo lógico para ser expresado por un edificio alto o por un rascacielos.

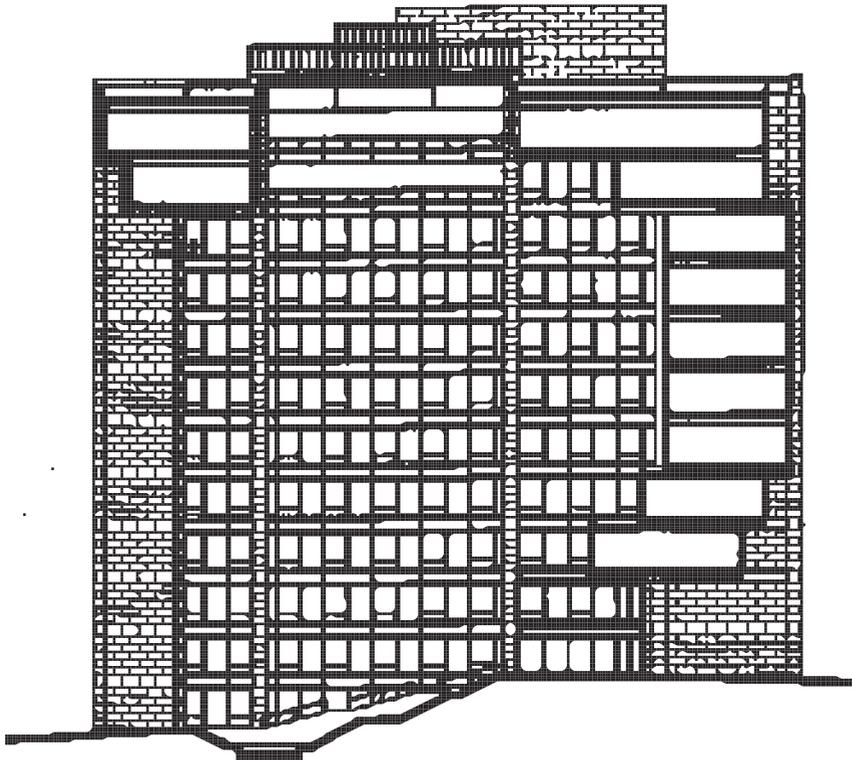


MAQUETA DEL EDIFICIO SEAGRAM  
Nueva York, 1955.  
De Mies van der Rohe , por Ludwig  
Hilberseimer. Paul Theobald and Co.,  
Chicago, 1956.

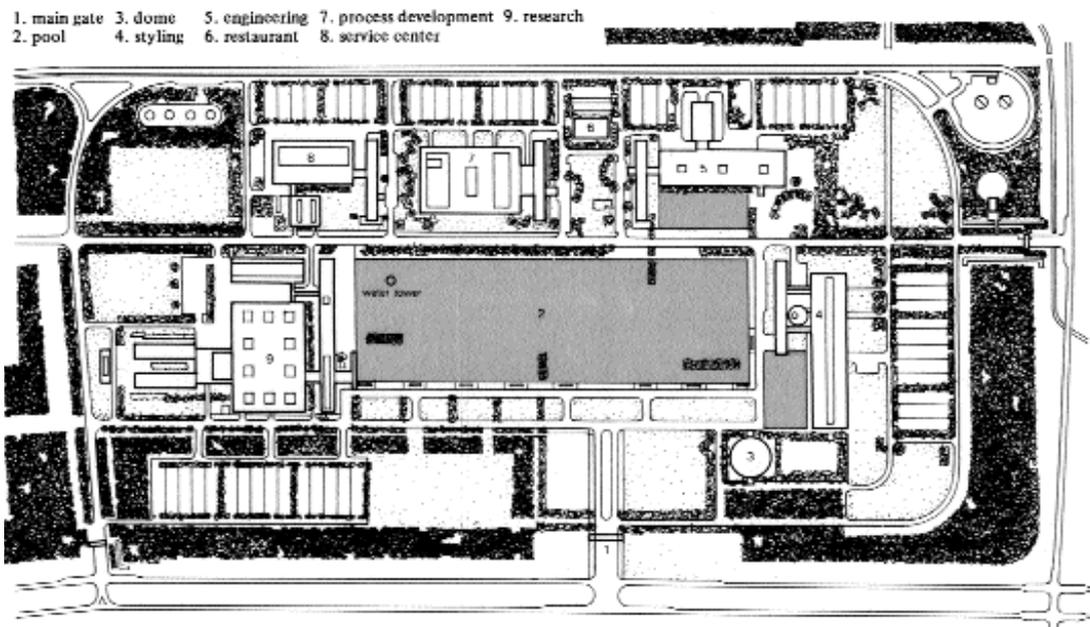
De hecho, la recurrencia al lenguaje gótico ha marcado el desarrollo del rascacielos a lo largo de su historia. Y no puede sorprendernos que en los Estados Unidos después de más de cuatro décadas de experiencia en la construcción de estos edificios, fueran góticas todas las propuestas de los arquitectos americanos que se presentaron en 1922 al concurso del Chicago Tribune, finalmente construido en base a una de ellas.

Si bien el rascacielos continuó imbatible su marcha como la respuesta más adecuada para el desempeño de la función de trabajo de oficinas,

FUNDACIÓN FORD  
Nueva York 1967.  
De Kevin Roche, Francesco Dal  
Co. Rizzoli International Publications,  
Nueva York, 1985.



existieron otras no menos interesantes propuestas que emergen también en suelo americano.



Quisiera citar dos. Tras los planteamientos de Frank Lloyd Wright, aparecerá en 1967 en la ciudad de Nueva York el recinto de oficinas en galerías en torno a un gran espacio vacío, o atrio, en la Fundación Ford, de los arquitectos Kevin Roche y John Dinkeloo. El atrio, como nudo o núcleo de referencia de las galerías, que ya se había propuesto para los Hoteles Portman (como el Hyatt Regency de Atlanta de 1964). El segundo recinto de oficinas, eran las "ciudades" creadas por las grandes corporaciones al amparo de las grandes superficies de suelo disponibles en un país donde el territorio parece no tener fin.

GENERAL MOTORS  
Technical Center, Warren, Michigan.  
Planta del conjunto A+U, Abril 1984.  
Japan Architect, 1984.

Un ejemplo de lugares de trabajo para oficinas en extensión, digno de mención lo constituye la "ciudad" de Eero Saarinen para la General Motors (1948-56) en Warren, Michigan.

La gran corporación crea su propia ciudad; diferentes edificios, avenidas, parques, lagos, grandes aparcamientos, helipuertos, etc. Todo un universo que ya no busca levantar la cabeza con su correspondiente rascacielos y autoafirmarse en una competición sin fin entre los demás rascacielos del downtown, sea en la isla de Manhattan, Los Angeles o en cualquier otra ciudad.

Surge una nueva manera de entender el lugar de trabajo, aislandose en medio de la naturaleza.

Hoy con las nuevas tecnologías es muy posible que sea preciso volver a replantearse el lugar, el espacio, y el tipo de edificio donde se desarrolla el trabajo de oficinas; un tipo de actividad que desde hace al menos dos décadas ha pasado a ocupar el primer lugar entre las actividades del mundo desarrollado.

Los problemas de la generación de congestión urbana, de accesibilidad, de contaminación de todo tipo, de tráfico, etc., fueron planteados en una gran oposición por parte de los ciudadanos en los años en que el edificio alto vió la luz. Se quejaron de la sombra, de la contaminación del aire por las calefacciones de carbón, de las corrientes que generaban los vientos en el entorno, de los atascos en las horas de entrada y salida de las oficinas, etc.

El lugar de trabajo de oficina estaba condicionado por la necesidad de la cercanía a la multitud de servicios que ya el propio edificio alto brindaba (despachos de abogados, bibliotecas especializadas, despachos médicos, restaurantes, cafeterías, floristerías, estancos, sastrerías, papelerías y librerías, etc., junto a un ejército de gremios especializados dirigidos por un director que constantemente mantenía al edificio alto en perfecto funcionamiento) sumados al resto de los servicios que el centro de la ciudad brindaba.

Chicago planteó una manera de atender a un tipo de demanda. Con el transcurso de los años, el confort, también fue ascendiendo como valor. Desde el confort físico al confort más espiritual, hacia la búsqueda de entornos cada día más agradables para el oficinista. Reyner Benham enfatizaría el valor de las instalaciones en el confort.

Junto al edificio alto y su progenie de rascacielos, con las oficinas compartimentadas o en "paisaje", al gran atrio con sus galerías, o a la ciudad de los negocios, aparecen en nuestros días otras fórmulas que no muestran una dependencia inevitable con la proximidad física a los servicios de la ciudad, ni la necesidad de grandes salones, o espacios, ni la proximidad de otras oficinas en una ciudad de los negocios, a modo de city, o siguiendo los ejemplos de las corporaciones en el campo (como el citado de la General Motors).

En la actualidad, el tiempo se ha reducido, y con él las distancias. Después de las opciones ya vistas, unas de matriz más organicista y otras más racionalista, la indagación en soluciones nuevas, más mixtificadas,

híbridas, y fragmentarias se aparece como todo un universo ante nuestros ojos en los próximos años.

Una exploración ante el nuevo siglo para atender una necesidad creciente del mundo desarrollado: el lugar de trabajo de oficina. Casi podríamos decir la fábrica del trabajador que ha suplantado al proletario del XIX, en el marco del tardocapitalismo contemporáneo.